

Ser Favio

La ternura hasta las últimas consecuencias

Aquel río nunca trae agua. Salvo cuando trae agua. Entonces es como un latigazo de mar que viene a morderle la espalda al verano. No es literatura, el verano lo sabe. Haber aprendido a respirar, él y yo, tan cerca de ese río, en el Luján de Cuyo, hace que esto no sea ni entrevista, ni reportaje, ni nada semejante. Adiós al venerado distanciamiento y a otros mandatos periodísticos. Con Leonardo fuimos amigos porque aprendimos las sílabas del aire en el mismo sitio, nos criamos comiendo de las mismas uvas con hollejo, vadeamos la misma tos convulsa que se curaba, justamente, mordiendo los aires de aquel río imprevisible. Este encuentro, con la excusa de una entrevista, nos sucedió en el noviembre del 2007.

Vamos, nos asomaremos a los misterios más menudos del vivir. Ser Favio, ¿en qué consiste? Veamos, escuchando.

Ahí está él, siempre con su silueta del peso welter que pudo ser. El bastón compensa su cadera afligida. Su matrimonio con Carola anda por las cuatro décadas, pero él vive solo, en un

pequeño departamento de la calle Pasteur en la Capital Federal. Solo y acompañadísimo: el living contiene su mesa de trabajo y en las paredes abundan fotos de seres muy queridos, lejanos. Fotos con pulso, ellas vertebrarán el azar de esta conversación.

—Mirame en esa, yo con tiradores. Tendría 16. ¿Te acordás del dique Cipolletti de Luján? Ahí estoy, con el Negro Cacerola, el Cacho Tamis, y Bordón, el pibe que me prestaba la bicicleta. Son lo más dulce que tuve en mi vida. Cómo los amo.

—*Qué presente el Cacerola.*

—Siempre me acompañan el Cacerola y los otros en los insomnios. Me voy a ellos porque me ponen contento. Nunca pude despegar. Ni quise... Fijate en esa otra foto que me hicieron en Casa Tía: cinco caritas mías, a los 4 años, con jopito... Alcázame la de al lado. No, esa no, la del marco plateado... ¿Ves? Ese soy yo. Acordate, cuando pibito yo estuve en el Hogar El Alba...

—*Reformatorio se le decía.*

—Ahí me metieron porque mi vieja se vino un par de años a Buenos Aires. A los chicos del reformatorio un día nos llevaron para la filmación de *Cuando en el cielo pasen lista*, con Narciso Ibáñez Menta. En el final, un montón de pibitos cantábamos, yo estaba adelante, qué piola. Pasaron los años y ubiqué la película en Alex y de ahí saqué esta fotito. Se ve que alguien me indicó que me pusiera triste, y yo puse esos ojos... Es mundial. Adoro ese instante.

—*Decime, ¿esa que está ahí es tu abuela vasco-navarra?*

—No, mi sabia abuela navarra, Pilar Garcés, es aquella. Ella hablaba con dichos: “Mientras más te agachas, más se te ve el culo”. Ahora me acuerdo: a mi abuelita la frecuentaba la comadre Felisa, altísima y con marido cortito. Mi abuelo, un hijo de puta, cuando Felisa se lo presentó, le preguntó: “¿Y su otra mitad?” El criollo no le habló nunca más. Venía con la Felisa y se sentaba a tomar mate. Enculado, por años, solo decía “buenas”. Mi abuelo, Ibrahim Olivera Riquelme. Dios mío con el viejo.

–*Esa foto, ¿la del casorio de tus viejos?*

–¿Viste qué bonitos mi mamá y mi papá? Yo era muy pequeñito cuando se separaron y por eso fui al Patronato de Menores. Mi papá tenía 16 cuando llegó de Siria, de Damasco, y fue a Tupungato. Intentaron que trabajara en una tiendita pero era muy vago, muy atorrante. Murió a los 33. Una úlcera perforada, lo operaron, sintió sed y se tomó el agua de un florerito. Adiós... lo vi tan poco, lo recuerdo recostado en la cama, casi no hablaba... Una vez fui a su casa y estaba con cafishios. Era fiolo mi viejo, vivía con tres mujeres. Una delincuencia común en la Mendoza de aquellos tiempos. Yo no me daba cuenta de nada. Y si huyó con tres minas, feliz de él. Qué querés que te diga, amo la poligamia...

–*Flor de facha tenía. Más pinta que vos.*

–Belleza de tipo, yo me quedaba mirándolo, hablaba con acento árabe, los fiolos le decían ¡El Maharajá!... Y tenía su fama. ¿Te conté?, yo de chiquito me piantaba del Patronato y caía en cana por güevadas, raterío. Je, Rodolfo, vos tuviste la suerte de nunca caer en cana. O la desdicha.

–*No pierdo la esperanza.*

–Te dibujó en este papel la cárcel para contraventores en Mendoza. Suponete, este es el patio. Acá hay un cuarto grande con rejas, para varones, y enfrente, otro para prostitutas y todo eso. Reja aquí reja allá y en el medio lindo patio... Cuando caí ahí yo tenía 14, y a los pendejitos nos ponían con las minas. Era lindo, hacíamos ranchadas, mate cocido... Una vez ingresó un fiolo, que era gitano, yo me acordaba que jugaba al truco con mi papá. Cuando entra, le cuentan: “Che, ¿sabés quién está? ¡El hijo del Maharajá!” Me dicen: “Turquito, asomate a la reja”. Y el fiolo grita: “Miralo, qué lindo, es el hijo del Maharajá de Kapur-tala!” Cuando me largaron el fiolo me dio para cigarrillos, algo de guita. Se acordaba bien de mi papá, lo que es la vida, ¿no?

–*¿Alguna frase de tu viejo te sigue zumbando?*

–Ninguna. Nebulosa. Ya grande, fui a buscar su tumba en el cementerio de Las Heras en Mendoza. Pregunté por Jorge

Jury Atrach. Él era Atrach, cuando llegó a la Argentina no sé por qué se puso Jury... Bueno, un cuidador me dijo: “No, m’ hijo, después de cinco años los cajones van al foso común, olvidate”. Yo pensaba que tenía una tumba pagada por los parientes... Se borraron, el único que fue al entierro fue mi abuelo. Hasta dijo un discurso, ¡qué querés! al viejo Ibrahim le gustaban esas cosas. “Fue un sinvergüenza, pero lindo y bueno”. Qué otra cosa pudo haber dicho de mi papá. Siempre uno es lindo a los 33.

–*A tus 32 asegurabas que te morías a los 33.*

–La edad de Cristo, de mi viejo, de Evita. Yo estaba convencido. Los héroes se mueren a esa edad. Y casi casi, eh, yo con lo del tórax casi me voy a la mierda. ¿Querés que te diga la verdad, loco? La muerte me tiene sin cuidado.

–*No te creo.*

–Te lo juro. La veo como una hermana que ya va a venir... Solo le temo a la humillación de la decrepitud. No pido ni un minuto más ni un minuto menos, que venga. Me crearías si me hubieras visto asistir a mis cirugías, inclusive a mi enfermedad. Nunca le temí a la muerte. Eso sí, con dignidad quiero irme.

–*Omitiendo el féretro y la soldadura de la caja y toda esa zaranda.*

–Sí sí, nada de eso. Hablé con mi abogado para evitar el ataúd y todo ese manoseo. Tengo algo de musulmán: todo rapidito y chau y que se dejen de joder con las coronas y los aplausos.

–*Alguna vez me dijiste: “Los que aplauden en los entierros dicen bajito: ‘por fin se va este hijo de puta’”.*

–Respeto para mi cuerpo. Ternura quiero. Bah, no sé por qué hablamos de esto.

–*Somos argentinos, Chiquito. Nos deleita el tema... Hubo otro tiempo en que me jurabas: “De los 40 no paso”. Me hacés acordar a Indra Devi. Me recalcó que estaba escrito que iba a morir a los 98. Cumplió 100, la volví a entrevistar y ahí me dijo muerta, pero de risa: “No soy mujer de palabra”.*

–Bue, yo también soy falluto... Me han puesto anestesia total, y no hay nada más parecido a la muerte. Imaginate, te serruchan los huesos, te abren las tripas y cuando te despertás decís ¿a qué hora me operan? No te enterás de nada. Eso es la muerte.

–*También tuviste una época fascinado con una religión hindú según la cual a los 71 tenés que dejar de comer. Solo agua agua agua, adiós y al paraíso sin aplausos y sin peaje. A casi dos años de tus 70, ¿qué me contás?*

–No, ya nada que ver con esa religión. He cambiado mucho, hermanito. Uno se tiene que ir cuando Dios lo ordena, si no, es un insulto. Loco, meta preguntarme, ¿y vos qué?

–*Leonardo, yo vivo puteando. Por la muerte, por el tiempo. Y porque nos afanan, ¿te fijaste?, los años últimamente duran cuatro o cinco meses. Desesperante.*

–Así vas a perder, eh. En esto no hay trinchera. Tenés que hacer todo lo que puedas mientras tengás aliento. Todo. Yo en este cuartucho itengo un mundo fabuloso! Música, libros, fotitos. Por ahí no estoy absolutamente para nadie. Encerradito miro y leo y vuelo. Hace tiempo que para mí viajar es una pérdida. Yo no quiero salir, la paso bárbaro conmigo. Siempre estás solo, me dicen. No boludo, estoy conmigo. Qué más puedo pedir.

–*Te fuiste con la mirada a esa foto de adolescente. Y apretás el ceño.*

–Será que me devuelve ciertos miedos.

–*Siguen tus pesadillas de hace años.*

–Recurrentes. Tengo metido en los huesos el miedo a que me humille la pobreza. Sueño con eso. Que me quedo sin plata y estoy lejos... Que vuelvo a mi casa y no puedo entrar porque la vendieron... y entonces no tengo dónde vivir... Sueño mucho con mi mamá, vamos a comprar ropa y no tenemos plata ni para volver. ¡Angustiante, loco!... Cuando estás viviendo realmente no te angustia tanto... la pesadilla agranda todo... Subo a un tren, soy un pibe de 20, no tengo para el boleto y me hago

el simpático para que no me agredan... Esa la tuve anoche. Debe ser porque estuve haciendo perfiles de un guión...

– *¿De qué guión?*

–No, nada... En el sueño yo transpiraba y otro pibe se hacía cómplice, todo muy confuso, pura angustia. Yo siempre tuve un gran pudor para tener miedo. Obviamente que lo he tenido; sería un pelotudo si no. Pero en ciertos casos el miedo se vuelve humillante, entonces te hacés el simpático. En la realidad y en las pesadillas me pasa eso, hermanito. Trato de escapar, las piernas no me responden, cámara lenta, ah ah ah, querés ir más rápido y no podés, güevón. Lo peor, no sabés de qué mierda te escapás.

–*Otro viejo miedo tuyo era ser abandonado.*

–Un miedo real. Me dicen: “Che, qué minas has tenido...”. Ay, si supieran... uno se dice: Esta hoy me quiere, pero se me va en cualquier momento... Bueno, eso era hace años, ahora ya no pasa nada, ni se me para. Sabés, se debería tener una llavecita cuando se es joven. Que te apague los deseos. Son como una droga.

–*Uno es deseodependiente.*

–Eso. Allá por mis 20 años, yo sufría mucho cogiendo. Al contrario de mucha gente, a mí me quedaba un vacío. Terminaba de haber volcado todo un mundo de pasión, de haberme metido en el cuerpo y en el cerebro de otro ser... y después me daba un baño y me iba a caminar. Ahhh, qué sensación de vacío, de fracaso, de haber dado todo sin devolución... Ahora mismo me veo veinteañero, terminando de hacer el amor, caminando mucho mucho, atravesado por esa sensación de vacío...

–*¿Existirá la llavecita para cortar el deseo?*

–Ya no la necesito. Aquello que me pasaba con el sexo era casi una enfermedad. Quedó allá lejos. Me gusta mirar como miro ahora, en la filmación... imás bellas que esas pibas no puede haber!... Y las veo como cosas bellas de la naturaleza que hizo Dios. Ya no siento aquel fuego que me mataba acá y

que por ahí me llevaba a ser una mierda de ser humano. Estoy liberado. Puta, si esto lo hubiera podido sentir de pendejo... Claro, yo pretendía ser Buda.

–Buda y ladrón de gallinas. Buda con hormigas en el cuerpo. Difícil.

–Loco, te digo que no fui feliz en esa etapa. Quería otra cosa que nunca supe explicar. Quería coger coger a toda hora y después... ¡quedaba hecho pelota! Y a fumar en las plazas... Estaba tristísimo y no me daba cuenta.

–El sexo te vaciaba el alma. Pero fijate, Leonardo, en esa foto, niño, se te ve feliz.

–¿Un pibe feliz yo? ¡La poronga!

–No jodás, lo afirmaste muchas veces. Y sacando pecho.

–Me la inventé. Cuando corrés todo el tiempo, escapando, no estás feliz. Yo llegaba a mi casa y veía las carencias de afecto, sentía envidia por los pibes que tenían hogar... Vos sabés bien lo que es una casa con una mesa tendida. Yo quería esa casa: el pan ahí, el viejo acá, la vieja allá, los tallarines. Vos me entendés, sos poeta. Decímelo.

–La casa, la comida haciéndose, la emoción de la albahaca, la ristra de ajo, la mesa arriba de la espalda del mundo.

–Lo que dicen los Evangelios: dulce es el sueño del obrero coma mucho o coma poco. Dulce es el sueño de trabajador. Al rico no lo deja dormir su opulencia.

–Tu amistad con Dios, ¿cómo anda?

–Eso nunca varió. ¿Y vos?

–Viene complicado. A veces lo escribo con minúscula, a veces con mayúscula, a veces, desesperado, con acento: Diós.

–Mirá, loco, quien lo quiera buscar por el lado de la razón la va a perder. Clavado. No hay trinchera para eso. Te tenés que entregar, si no es una locura. Imaginate lo más chiquitito, un átomo del culo de una lombriz. ¿Puede ese átomo querer entender dónde está habitando?

–Hace diez años me decías que el hombre crea a Dios y Dios termina creando al hombre.

–Era un poemita, una cabriola a pedido del público. Quise dármelas de original y me arrepiento. Decía: “Loado sea Dios que venido del sueño de algún hombre vino de sus sueños a crearlo...”. Verónica, mi asistente, me suele decir: “Ah, pero usted es un Borocotó de las religiones: un día musulmán, otro cristiano, otro judío, ¿qué carajo es usted?”. Digamos que vivo la confusión de en qué oficina me voy a inscribir. Pero Dios siempre es el mismo.

–*Indudablemente, no dudás.*

–Cuando tuve dudas fue para hacer pinta. Pero nunca dudé de Dios. Ahora lo localicé más. O sea: trato de no localizarlo, porque es al pedo. Dejá, loco, que Él sabe lo que hace. Mirá qué bien ha hecho las cosas.

–*¿Te parece?*

–Todo. Todo bien hecho está.

–*¿Y cómo explicamos vidas enteras que no conocen otra cosa que hambre y sufrimiento?*

–Vos me estás hablando de teología. Eso es un invento del hombre, una pelotudez. Yo estoy hablando de Dios. ¿Me vas a salir con el Papa? Ya te digo que no necesito interlocutor. Dios no puede habitar en la catedral... En todo caso, dejémoslo a quienes quieren dar normas de conducta. No es malo que te digan amaos los unos a los otros... Pero eso es pura teología, aunque, bueno, hay gente ejemplar dentro de la teología, los profetas, que intentaron sacudir al ser humano... Moisés sube a un cerro porque sabe que venía una tormenta de la concha de su madre, y eso asustaba a la gente. Después baja con las tablas de la ley. Y a nadie hacía daño, por supuesto.

–*¿Cuál es el mandamiento más difícil de cumplir?*

–No desearás la mujer de tu prójimo.

–*¿Y ahora que el tema deseo lo tenés resuelto...?*

–Mirá, si hay algo difícil, casi una quimera, es imitar a Cristo. Amaos los unos a los otros, poner la otra mejilla... Cristo es un tipo admirado en todas las religiones... es entre

los profetas el tipo más importante. ¿El mandamiento más difícil? A ver, estoy boludo, recordame los mandamientos.

–*Si seguís por ahí, te voy a preguntar cuántos son los diez mandamientos.*

(Sin darnos cuenta nos metemos de cabeza en un recuerdo, hoy risueño, en su momento desagradable. Año 1972. Favio invita a su casa a un grupo de amigos, quiere que se conozcan. Entre ellos, el padre Carlos Mugica. En cierto momento Mugica dice “porque a esta altura hay que ser un pelotudo para no ser peronista”. Le contesté: “Yo no soy peronista y no soy pelotudo”. Fue la chispa para una batahola. Adiós reunión. Ahora me dice Leonardo: “Yo queriendo juntarlos y ustedes listos para las piñas. Qué niños, qué niños...”. Hace silencio. Hay dos botellas de agua en el escritorio. Y tres limones. Se sirve agua. La bebe con los ojos cerrados. Muy a mano, una foto de Favio con Perón...)

–*Estamos en la Argentina, Leonardo. Aquí todo es posible.*

–Sí.

–*Como todo es posible, se abre esa puerta y entra Evita. Ahí la tenés. ¿Qué le decís?*

–Paralizado me quedo. Nada me sale. O sí, gracias le digo. No tengo estatura para decirle nada más. Vos porque sos un irreverente.

–*Hace diez años, mientras me mostrabas fragmentos de Sinfonía de un sentimiento, hablabas de Evita enamorado.*

–Y sigo. Evita es la mina. Un genio. Y qué potra. Te lo repito: de Evita me gusta todo.

–*Ella se retira. Deja la puerta entreabierta. Entra Perón. ¿Qué hacés?*

–Le acaricio las manos, nada más.

–*Las manos...*

–Sí sí, las que le arrancaron para que no se siguiera hablando de la crisis.

–*Justamente las manos, con las manos Perón también hablaba.*

–Los elementos de Perón son sus ejemplos y su corazón. Le quitaron lo menos importante. Podría haber manejado el mundo entero sin manos.

–*Perón no se va, sigue aquí. ¿No le vas a preguntar nada a este hombre?*

–Qué gorila que sos, ¡la concha de tu madre! Decís “a este hombre”. ¡Ni por puta decís General!

–*No tengo nada de gorila.*

–*¿Y cómo me lo demostrás, Rodolfo?*

–*Fácil, al contralmirante Rojas yo le tengo todavía más asco que vos. Por lo demás, decirle General a Perón no me parece importante.*

–*¿Sabés? En esto Perón se equivocó. Y te digo por qué: lindo hubiera sido que se mantuviera como Coronel; es más heroico, más digno.*

–*Coronel suena a víspera. Decime: en tu vida, ¿tuviste un minuto donde tu fe en Perón sufriera aunque sea un leve apagón?*

–Lo mío es certeza. Antes era fe. Me llevó muchos años profundizar eso. Leí todo. Dudé para indagar. Pero nunca dudé de Perón... Decime, ¿vos seguís en la misma? Cómo es posible que no creas en Perón.

–*Te digo lo de siempre, Leonardo: creo que Perón lo tuvo todo: intuiciones, visión, capacidad de comunicación, carisma, pero nunca entró al área. Es curioso que pensando tan diferente sobre Perón, nunca nos hayamos peleado vos y yo cuando se nos cruza el tema.*

–La ternura nos protege de nosotros.

(Dice esto y pone el índice en esa foto que siempre está al alcance de su mano. Ahí está él, con Perón en su casa de Puerta de Hierro. Favio entra en zona de silencio. Se sirve agua con cierto temblor. Otra vez se la bebe sin pausa, con los ojos cerrados, como un recién nacido...)

–Hablabas de ternura... veo esa foto con tus hijos ya grandes y me acuerdo de cuando nació tu Nicolás. Dijiste que Nico

entraría al tercer milenio con menos de 30 años. Que iba a vivir en un mundo ideal, porque la humanidad habría arreglado muchas cosas. Hoy, ¿qué me contás?

–Me equivoqué en que todo iba a estar solucionado, pero no en lo de un mundo mejor. Este es mundo mejor. Hay que aprender a usarlo. Antes te morías por una boludez; ahora te operan sin abrirte. Hoy te sentás frente a la computadora y tenés todo al toque.

–*Pero ahora hay cuatro clases sociales, Leonardo: los clase alta, los clase media, los pobres y los desgajados.*

–Eso siempre estuvo. No teníamos información. Antes había gente que se moría de hambre, y ahora también, pero al instante lo vemos.

–*Y eso que llamamos “condición humana”, ¿avanza aunque sea un centímetro por siglo?*

–Creo que no hay más perro que la gata. Vamos a mejorar pero no porque la gente se vuelva más buena sino por sus propios intereses, por su misma mezquindad. Llegará el momento en que los capos del mundo dirán, ponele: “Si vos me invadís con 500 mil soldados, yo te hago volar con un bombazo. Así que dialoguemos, loco...”. La perfidia, la soreteada, siempre van a existir... Aunque por ahí el hombre evoluciona y se transforma en espíritu... Yo qué sé, si yo cuánto podré vivir, ¿diez años más? Diez, y como un regalo de la naturaleza.

–*En definitiva, nos va a salvar el egoísmo.*

–Eso. Por imperio de la propia mezquindad va a venir la equidad.

–*La mezquindad elevada a instinto de conservación.*

–Pensaremos así: Me van a chorear todo; antes de quedar en pelotas o que me maten, reparto.

–*Chiquito, Perón se fue y mirá quien entró... un poeta criatura, Locche.*

–¡Nicolino! Lo quiero tanto...

–*Nicolino. Lo largaron a los leones y no los mató ni se dejó comer, se puso a conversar con ellos. No ganaba por*

*nocaut ni por puntos, ganaba por persuasión... Aquí lo tenés.
¿Qué le decís?*

–Le digo que nuestra Mendoza lo trató muy mal, que le debe un monumento... Me pongo a charlar y a comer tallarines... Sos único, Nicolino, sos un hermoso.

–*Por el hecho de haber nacido quien más quien menos puede resucitar...*

–Seguro que sí, Rodolfo, algunos seres debieran resucitar.

–*Pero para resucitar, cada uno necesita de palabras clave. Para Lázaro, levántate y anda.*

–¿Y para Nicolino?

–*Lo que dijiste: itallarines y anda!*

(La irrupción de Locche nos ha dejado un poquito en falsa escuadra, carraspeando para amortiguar la emoción. Leonardo le pide a Verónica un mate cocido para mí y un té de tilo para él. Yo me pongo a observar los cartelitos que Favio tiene enmarcados en distintos puntos de su mesa de trabajo. Uno dice: “No seas vulgar”. Otro: “No obedezcas al impulso”. El tercero: “Pasa por alto las ofensas”...)

–*¿Y estas consignas?*

–Pequeños mandamientos que me apunto para no irme en las curvas... En otro tiempo tenía obsesiones. Cerca de mí ni tijeras, ni nada filoso. ¡Qué tara! Eso se esfumó a partir de una desilusión: a uno no lo quiere matar nadie.

–*¿Cómo es tu rutina?*

–Me acuesto a las doce de la noche, duermo hasta las dos, me tomo un tecito, leo hasta las siete, ahí ya me pongo a trabajar; llega Ramona, la señora que atiende las cosas de la casa, otro desayuno, sigo trabajando, almuerzo, y ahí me apolillo una siesta de tres o cuatro horas. Durante la noche no me jode nadie, estoy solito, leo, leo. Ah, y hago gimnasia, muchísima, cuando me levanto. Estos días estuve un poco jodido por unos antibióticos, tenía una infección en las vías urinarias y paré, te deja hecho mierda. Loco, recién te conté mis sueños ¿y vos con qué soñás?

–Sueño que me llevan unos tipos, policías o peor, sin uniforme, y nadie ve lo que me pasa... O que me pierdo en un país desconocido y no recuerdo ni el nombre del hotel y no tengo documentos, nada...Muy seguido sueño también que no me puedo dormir... Pero dejémonos de pesadillas. Antes mencionaste algo, un guión. Estás craneando otra película. Desembuchá.

–El lugar, la escenografía de esa película ahí lo tenés a un metro. Lo que se ve en esa foto.

–Luján de Cuyo, la calle de La Costa donde te criaste, el río, el viejo puente de hierro.

–Sí, ahí pasa todo. Lo que se ve en esa foto es lo que se ve desde la calle de La Costa. Con eso arrancará la película. El mantel de hule, se va a llamar. Inclusive compré un mantel de hule. Y yo lo miro y lo toco mucho durante las noches. Primera vez que trabajo así; como ser: delinear un personaje y escribo aconteceres, cosas que le pasan, aunque no tenga todavía la historia definida. Muy lindo el resultado. Toco el mantelito todo el tiempo, imagino, el guión crece. La historia transcurre en un pueblo que puede ser nuestro Luján de los años 50... Los personajes... el pibe que podría ser yo, la piba que estudiaba piano, el Negro Cacerola, una pensión en la que ellos viven. A lo lejos, se supone que hay una plaza, farolitos, gente que pasa... Cuando la cámara panea, ves el río, todo el pueblo en esa calle, el mundo entero.

–Por allí andaba nuestro viejo de la bolsa, el Canario.

–¡De él te quería hablar! Vos decís que el viejo era español y yo charlé con él ya de grande iy tenía acento alemán, loco!

–No. Era español. Mi viejo se ofreció para escribirle a su familia que parece que era de alta alcurnia, pero él no quiso. Chiquito, o vos estás en pedo o yo estoy mamao.

–Te digo: tenía acento alemán.

–Era catalán o algo así. Alemán no. Lo que me acuerdo clarito del Canario es que un día de pleno invierno se desnudó por completo en la vereda. Se desnudó llorando en voz alta.

–Me dejás con la espina. Otro callejero era el Pancho Brondo. Ahí lo tenés, en esa fotito.

–*El Pancho era cuñado de la Pierina, la partera de Luján, la que nos tiraba de las patas al nacer.*

–¡Panchito! Todo el tiempo juntaba cartoneros, leña. Mis tías me habían enseñado a decirle: “¿Me vendés la leña, Pancho?”.

–*Y él te contestaba: “La leña no. Se enoja el hombre”.*

–Qué felicidad. Yo con mis tías, peinadito, en una silla de totora, “me vendés la leña...”. El otro callejero era el Uva. Era muy rápido en las cosechas y yo quería sacarlo del chupi y asociarme: yo cortaba la uva, marcaba la ficha y él cargaba con el tacho. ¡Fenómeno decía yo! Siempre soñando con poner un quiosquito. Pero con el Uva era inútil, no quería reformarse.

–*A ver, contame tus siestas de pendejito.*

–Les tenía miedo. Un día mi bisabuela me contó, para que no me escapara por ahí, que ella estaba lavando en la batea, y escuchó una risa de pájaro que venía de un olivo centenario. Una vecina, doña Margarita, le dijo: “Cuando sienta la risa grite involví por sal! Así sabrá quién es la maligna que la quiere embrujar”. La risa se repitió, y mi bisabuela “¡involví por sal!”. Al otro día una vecina que le tenía rabia vino para pedir sal. Eso pasaba a la siesta ¡y yo no salía ni por puta!

–*A todo esto, ¿cuál era tu vocación?*

–Ninguna vocación. Ni expectativas. ¿A qué podía aspirar yo? A tener un quiosco o entrar en la marina, a los 16. Pero para eso exigían el tercer grado. Y yo fui hasta segundo. Quiero acordarme el nombre de la escuela y el de la señorita del tercero que nunca terminé. Fue divina conmigo, era un cielo.

–*La escuela fue la Comandante Saturnino Torres. Ahí fui un par de años. Una de las maestras era la señorita Curbelo. No era linda pero estaba fuerte; una de las primeras que se divorció en voz alta en el Departamento Luján. La vieja escuela está. Al lado construyeron la nueva.*

–Ah, un día tengo que ir... Voy a ponerme a llorar como un hijo de puta ahí...

–*Sin vocación ni expectativas, ¿cómo entraste en órbita?*

–Acordate, mi mamá, Laura Favio, escribía radioteatro, novelas, era talentosa, brillante. Estuvo en la radio Nihuil y en la Libertador. Me leía capítulos a ver si me gustaban. Eran bonitos, siempre escuchábamos radio El Mundo, *El teatro de la humanidad...* Apretaditos al lado de la radio nos emocionábamos los dos. Y ella empezó a decirme: “Leéme esto que escribí”. “No, me da vergüenza”. Insistía. Al final: “Te lo leo pero atrás de la puerta”. Así hasta que me llevó a su compañía. Yo tendría 17, 18. Fue todo vertiginoso. Después mi mamá me lleva a San Juan a la radio de un señor Rocha. Liliana Dávila era la heroína del radioteatro allí y se arma la compañía Liliana Dávila-Leonardo Jury. Largamos con *La fiera acorralada*, de mi mamá. Liliana era grande, tenía como 25 años, y el pantalón me lo hizo el Cacho Estame. Yo era muy lindo... Hacíamos una historia campesina, con mucha discordia y celos... Le empecé a gustar a la gente...

–*¿Y después?*

–Gira de tres meses en Cuyo y mi mamá me dice “Nos vamos a Buenos Aires”. Mi tía Elcira Olivera Garcés ya estaba ubicada. Me dejé arrastrar. Haciendo bolos en El Mundo, me ve Raúl Rossi y entro en *Todo el año es Navidad*. Ahí me ve Salvador Salías y me lleva para actuar en *El secuestrador*, con Torre Nilsson. Antes yo había hecho un papelito en *El ángel de España*, de Enrique Carreras, con Pedrito Rico. Veinte veces la vi para verme en la pantalla. Después hice películas, canciones, y ya está, ahora estoy aquí, con vos. Todo muy rápido, un vértigo.

–*Hace diez años me confesaste que hubieras preferido otra vida. No te creí.*

–Hiciste bien. Me gustó lo que fui encontrando, porque era una forma de vivir livianito. Pero nunca me sentí actor. ¿Actor? Es Bebán, es Alcón. Lo mío era de pedo y para subsistir. Siempre me dio vergüenza actuar.

–*¿Y tu sueño de terminar tus días en Tupungato? Querías vivir en una finca custodiada por un tipo con un rifle.*

–Eso quería. El tipo del rifle para que bajara a cualquiera que viniera de Buenos Aires a hablar de cine. Ahora no cambio esa vida por esta, aquí, encerradito. Tengo todo. Fotitos, cositas, música de Mozart, de la Mona Giménez...

(Pausa de tres días. En el medio, una llamada telefónica de Leonardo, un domingo a la noche, tarde. Hablamos de nuestros hijos, que andan por los 30 y pico. Recuerdo a Favio peleándose con Carola por adueñarse de su Nicolás. Le mordía el poto, los taloncitos, lo olía. Nos acordamos de los celos por el recién nacido. Uno de nosotros llegó al colmo de mearse en la cama. ¿Quién? Uno de nosotros, adivine el lector... Y la charla vuelve a los mandamientos...)

–Lo pensé: no hay ningún mandamiento que me inquiete. Desear la mujer de tu prójimo es algo que en el Islam está resuelto: somos humanos, no te tenés que sentir culpable.

–*Ofensivo sería no desearla.*

–Según cómo sobrellevés en tu conciencia un hecho, eso te pone en el regazo de Dios o lejos de Dios. Todos tenemos tentaciones. Si después sentís un dolor en el corazón muy hondo, y te quedás mirando el techo, eso te hace ser un hombre bueno...

–*¿En el humano prevalece el mal o el bien?*

–El hombre no es bueno ni malo, es hombre. No somos ángeles.

–*Menos mal. Se me hace que los ángeles son medio güevones.*

–Pertenece al gran misterio. Yo no veo lo invisible, pero existe. Sé que voy empujando materia a cada paso. Hay algo que reflexiono mucho, y es que verdaderamente Dios amó, porque sin eso no habría sido posible semejante obra. Sí, Dios es un misterio, pero más misterioso es el amor. A veces pienso si no es primero el amor y después Dios.

(La conversación se reanuda al otro día en el departamento de Favio. Y ahí advertimos que la noche anterior intentamos

dilucidar por teléfono qué fue primero, ¿el Amor o Dios? Cuánta alevosía y candor en el intento. Ahora arranco preguntándole algo peliagudo:)

–*Si Evita vivía, ¿qué hubiera pasado en el 55?*

–Ella murió, no hago hipótesis. ¿A quién le es útil mi opinión? Además, qué incómodo opinar sobre un ser que no te puede responder. Su obra está, concreta. Evita murió. A veces los historiadores que hacen teatro narran intimidades supuestas, por ejemplo de Juan Manuel de Rosas y ponen que tuvo un amor morboso por su hija o que trataba a una sirvientita con bajeza. ¿Cómo podemos meternos con la intimidad de nadie?

–*Le ponés límites a la ficción.*

–Admito la ficción si es para beneficio de ese que ya no te puede responder. Pero si es para denostarlo, eso es carroña.

–*Vos te asomaste a la intimidad de Gatica.*

–La mostré, pero hasta ahí. Porque yo no lo conocía haciendo el amor. Yo trato con ternura a mis seres. ¡No soy un carroñero! El límite lo da la ternura. Si vos hacés un cuento sobre mí y por ahí decís que me iba al río y cagaba y me limpiaba con arenita, eso sí vale, porque es tierno. Hasta cuando un tipo es culpable hay que narrarlo desde la ternura. Guevara lo decía: “Hay que tener ternura hasta con el enemigo”. Hasta cuando un tipo es culpable hay que narrarlo desde la ternura. Guevara lo decía: “Ternura hasta con el enemigo”.

–*El canon argentino, solemne, acompañado y estreñado de corazón, margina todo lo que se roce con la emoción. Vos, Favio, como nadie, has sido consagrado pese a ir siempre por el lado más explícito de la ternura.*

–Es lo que soy, lo que somos... Me estoy acordando cuando venían los camiones del peronismo a Luján y repartían juguetes. Esto para mucha gente era denigrante.

–*Juguetes, pan dulce, sidra peronista, ¿hoy qué te parece?*

–Maravilloso me parece. Aquello no me ofendía, para nada iera muy lindo! ¿Sabés con qué alegría venía mi abuelo con la sidra y el pan que le daban en la municipalidad?

–*Cambiando de asunto: ¿seguís con tu teoría de la mermelada?*

–Sigo. La explico para los que la ignoran... En Mendoza, ¿qué se hace con la fruta que sobra? Mermelada. Yo creo que con el excedente de boludos que tenemos en la Argentina tendríamos que hacer mermelada. Vendiéndola podríamos pagar la deuda. Se lo propuse a Cavallo; no me hizo caso.

(Teléfono. La llamada tiene que ver con detalles finales de la nueva versión de *El romance del Aniceto y la Francisca...* La película, protagonizada por tres bailarines (Hernán Piquín, Natalia Pelayo y Alejandra Baldón) “encara el relato por otros caminos: la danza, la pintura, la tragedia y por momentos el teatro”. Está terminada desde hace varias semanas, pero Favio ahora se obsesiona con matices de la banda sonora. Pide un grillo, pero “que sea uno solo y de verdad”. Y después le pide al músico una baladita que desemboque en algo enorme, sinfónico. Lo alienta del mismo modo con el que entusiasma a sus actores: “Mientras comés solito andá imaginándotela. Vas a hacer un quilombo muy bello. Dale, que no se te caiga el alma, te quiero, loco, te quiero...”)

–*Al final, este Aniceto resuelto como ballet, se va a titular...*

–Se va a titular... *Aniceto*.

–*No te veo muy convencido.*

–También estoy pensando ponerle *Aniceto, una película romántica a morir...* Sabés, la película está dedicada a Margarita Taico, una gitanita con la que tuve un romance que nos devoraba. Yo tenía 15 y ella 13. Cuánto lloró ella cuando me fui de Mendoza, y yo también. También está dedicada “A Laura Favio, amiga, madre divina”. Cuando vi la dedicatoria en la pantalla, ahhh me sentí como el orto... Dije, icómo es posible, imi mamá ya no está!

–*Laura. La recuerdo altiva. No solo era bella, era hermosa... ¿Qué estás pensando, Chiquito? ¿Dónde carajo te fuiste?*

–Nada. Quise cambiar de tema y me acordé de Tomás de Aquino. El tipo analiza muy bien el asunto de la culpa y

del castigo... pero pensó como casi imprescindible la pena de muerte. Cuando uno quiere sacar del cuerpo social un tumor, ahí viene la cuestión. Y uno se pregunta, ¿a tipos como Videla, Massera, los dejo vivos? El tumor se puede expandir. Pero si tenés la posibilidad de encajarlos en una prisión de por vida, es más piadoso. ¿Qué pensás vos de la pena de muerte?

–Pienso que aunque en su aplicación fuera infalible, aunque se hubiera demostrado que sirve para bajar los índices de criminalidad, es siempre una asesinato... Qué paradójico, los más furiosos sostenedores de la pena de muerte proclaman la penalización del aborto y declaran agudamente su creencia en Dios. Afirmando la pena capital se toman atribuciones divinas, le arrebatan el trabajo al Dios que dicen venerar.

–Eso. La pena de muerte es un asesinato... Lo otro bravo es el asunto del perdón... Hay que perdonar, pero ojo, no digo olvidar. Perdonar es recordar de otra manera.

–En tal caso la memoria no es, como se dice, retroceso: es semilla. Por otro lado, ¿cómo perdonar al que no se arrepiente, al que se empeña en confundir impunidad con heroísmo?

–Sí. Tengamos cuidado con el perdón atolondrado.

–Últimamente, ¿cómo convivís con el asunto de las culpas y el perdón?

–¿Sabés las horas que yo me quedo mirando al techo por culpas? Muchas veces he llamado a mi hermano más chico, Horacito. Me lo como a besos y le digo: “Vos me tenés que asegurar que me has perdonado”. Le cagué la vida en muchos sentidos a Horacito.

–Joder con las culpas.

–Todos tenemos algunas culpas. Pero hasta es lindo hacer cagadas para pedir después perdón. Muy lindo iy sano! Nadie entiende lo sano que es. Por ejemplo llamar a tu hijo y decirle mirá te cagué en esto y en esto. Y comerlo a besos... Mi amor, perdonáme... Después te sentís un príncipe. El pedir perdón es uno de los inventos más grandes de la humanidad. No es cuestión de teología sino de psiquiatría.

–¿Sabés llorar todavía?

–Es lo más lindo del mundo. Yo me encierro y lloro. Ahí, debajo de la ducha, yo a veces me pongo a llorar. Pero me gustaría poder llorar como los bebés, con la boca así, grandooota... Pero ya no me sale así, lloro muchas veces, calladito... Sabés, Rodolfo, me quedé enganchado con el asunto de la memoria. Siento que el infierno y el paraíso están en la memoria de cada uno.

–*Al infierno y al paraíso solo los separa una delgada medianera. ¿Tu memoria qué te trae de infierno o de paraíso?*

–A ver... te conté de doña Margarita, la de “volvé por sal...”. Tenía un hijo, el Lechuzo, que era un poquito tonto. Cuando muere ella dije: “Al Lechuzo me lo acampujo”. Porque ellos tenían un caserón y le alquilaban piezas a bolivianos. Además se comentaba que iba a cobrar una pensión por la muerte de su mamá. “Ah, el Lechuzo para mí”, dije. Lo volvía loco con el quiosco. Pero yo tenía una gran disputa con una vieja hija de puta, mendocina mandona, de Unidad Básica. Ella le decía al Lechuzo: “¡Qué se anda juntando con ese atorrante!”. Que venía a ser yo. Ella competía conmigo por la pensión. Dije: esta vieja me va a cagar; me voy a apolillar en la pieza del Lechuzo y no me lo va a afanar. Tendría yo unos 13 años, un pibe. ¿Viste esas noches de luna en Mendoza que son como pleno día? Sin humedad, la luna hace pong y ves las sombras estiradas...

–*La luna, el sol de la noche.*

–Un sol sí. Y yo no podía dormir del cagazo que la difunta doña Margarita se me apareciera a decirme qué estás haciendo con mi hijo... Yo estaba en el suelo, sobre una mantita... en eso escucho *chist... chist*. Y para colmo el Lechuzo roncaba rarísimo y le salía como un silbido. Yo estaba cagado de miedo, pero no salía a mirar, me decía: “¡Me van a agarrar del culo los demonios!” Aterrado, arrastrándome llegué a la puerta y me quedé sentadito ahí a esperar el alba. No me animaba a rajarme, había como quince metros entre la pieza y la puerta de salida. ¿Quién me iba a proteger de los demonios? Ahí

tenés la memoria, con el paraíso y el infierno... El caso es que yo me jugaba la vida, para quedarme con la pensión del pobre Lechuzo... Me pienso en esas y me quiero tanto...

–*Si hubieras tenido el quiosco nos quedábamos sin Favio director de cine.*

–Quién sabe... Esperá que me tomo otro mate cocido. Cuando cuento cosas de miedo se me seca la boca... ¿Sabías que los árabes se bañan con arena?

–*Ni la menor idea.*

–Él árabe en el desierto se limpia la cola con arena. Y no solo eso, cuando llega el momento de orar se lava las manos y la cara con arena. O sea: la arena suplanta al agua, saca la transpiración, queda la piel muy suave. Cuando leí eso recordé que de pibitos jugábamos en el río. Yo, mi hermano, el Negro Cacerola, cagábamos ahí mismo y nos limpiábamos con arena, ya te conté. Era normal eso, mientras charlábamos golpeábamos fuerte la arena chiqui chiqui y al final nos pasábamos los dedos, la arena era finita. Impecables quedábamos. Después seguíamos caminando...

–*Lo más campantes.*

–Campantes y felices... Me pediste que le diera rienda a la memoria y la memoria ahora es buena conmigo, me lleva a una noche de sábado... Me vienen a buscar los vagos... “Mirá, en una finca de Perdriel se casa el gringo Felipelli. ¿Venís con nosotros? Dale”. Y salíamos y atravesábamos viñedos hasta que empezábamos a escuchar muuuy apenitas una música lejana... La música era como una estrella, nos guiaba hasta la casa del casorio. Cuando la música estaba grande, plena, ya nos encontrábamos en la puerta de la fiesta y nos colábamos, claro, iy a comer achuras, empanadas, de todo!... ¡Qué pen-dejo divino, en todas las que anduve! Ah, cuando me veo en las que hice, me quiero como loco, te juro. ¡Qué lindo quererme así! ¡Me quiero como la puta que lo parió!